

11485

Un ingléis .

UN INGLÉS.

UN INGLÉS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JOCKSON CORTÉS.

Representada por primera vez en el teatro de Murcia, y despues
en el de Variedades de Madrid el 3 de Febrero de 1869.

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES. ACTORES.

| | MURCIA. | MADRID. |
|---------------|----------------------|-----------------|
| NARCISA..... | STA. R. GARCÍA..... | STA. J. OLASO. |
| NATALIA..... | E. BAENA..... | J. SAMPER. |
| LORETO..... | A. QUESADA..... | VARGAS. |
| THOMPSON..... | SRES. E. CORTÉS..... | SRES. R. JOVER. |
| LEON..... | V. YAÑEZ..... | J. OLASO. |
| SERAFIN..... | J. GARCIA..... | R. MAZA. |

La escena en Málaga.—Época actual.

NOTA. Las palabras inglesas estan escritas lo más aproximadamente posible á como se deben pronunciar.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

DON JOSÉ GARCIA.

Cuando me propuse dar al público este pequeño engendro, me alhagaba la idea de que V. fuera el primero que al ponerlo en escena, le hubiera dado vida con su clara inteligencia. Perances imprevistos, y por desgracia frecuentes, mataron mi esperanza: y ya que no pudo, á pesar mio, figurar su nombre de V. á la cabeza del reparto, permítame que figure en la primera página, como una débil muestra del afecto que le profesa su amigo

Eduardo.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puertas laterales y al foro. Balcon á la derecha. Dos veladores cerca del proscenio. Libro.

ESCENA PRIMERA.

LORETO, entrando por el foro, con un bastidor de bordar, que deja sobre una mesa en el foro.

Gracias á Dios! ya con esto se acabó el traslado. ¡Digo, pues es floja la escalera para tanto laberinto! Pues señor; con esta muda mis amas han ascendido; porque de un piso entresuelo han pasado á un tercer piso. Ellas dicen que la causa son las luces: mas yo opino que la causa verdadera debe ser la del bolsillo. Bueno va! Vamos á ver si doy un repaso al libro que les regaló el inglés. (Lo toma.) Un milord! Vaya un partido! Ay! como yo lo pillara,

pronto dejaba el servicio.
Yes. Very uel. Jau yú dú. (Leyendo, al foro.)

ESCENA II.

LORETO y NARCISA, puerta izquierda.

NARCISA. Loreto? Se ha concluido
de subir todo?

LORETO. Ya está
todo arriba y todo listo.

NARCISA. Me alegre. Y mi bastidor?

LORETO. Ahí le tiene usted.

NARCISA. Ha venido
el inglés?

(Sentándose al lado del velador que habrá á la izquierda.)

LORETO. Ha ido á tomar
las once.

NARCISA. El lanch.

LORETO. (Qué habrá dicho!)

NARCISA. Tampoco vino don Leon?

LORETO. No, señora: no le he visto.

ESCENA III.

LOS MISMOS y NATALIA, puerta derecha

NATALIA. Eh! ya dejo mi alcobita
como una celda.

NARCISA. Lo mismo
he dejado yo la mia.

NATALIA. Voy á sentarme un ratito,
que estoy cansada.

(Lo hace y busca en el velador que habrá á la derecha.)

LORETO. (Leyendo al foro.) Gud bay.

NARCISA. Yo tengo el cuerpo molido.

NATALIA. No lo veo. Tú, Loreto?

LORETO. Mande usted?

NATALIA. Has visto el libro
que me regaló el Milord?

NATALIA. Aquí está.

LORETO. Qué haces?

NATALIA. Lo miro.

NARCISA. También estudias inglés?

Vete á cuidar del cocido.

NATALIA. Sí, sí.

LORETO. Waya! estas señoras
se piensan que una es de riesgo!

Por qué no me he de instruir?

No lo hacen otras?

NARCISA. Chitito!

y á ver si por allá dentro

todo está corriente.

LORETO. Limpio

lo tengo todo.

NARCISA. No importa:

vete adentro. No has oído?

LORETO. Ya voy. Caramba, las niñas

tienen unos geniecitos!...

ESCENA IV.

NARCISA y NATALIA.

NARCISA. Me parece que esta chica
va tomando muchos brios.

NATALIA. Tendremos que despedirla.

NARCISA. Luego, tiene un desatino
por meterse en todo...

NATALIA. Sí.

NARCISA. Qué ganas tengo, Dios mio,
de que haya un hombre en la casa.

NATALIA. Pues eso es lo que yo digo.

NARCISA. Tú! Tú me tienes á mí.

NATALIA. Lo sé; mas lo que es contigo
no tengo, hermana, bastante.

(Narcisa la mira.)

Me fundo en tus propios dichos.

Una mujer está espuesta...

NARCISA. Pues ahí tienes el motivo
principal de esta mudanza.

Una casa de pupilos

era un sitio peligroso
para tí.

NATALIA. Para mí? Lindo!
Para tí, no?

NARCISA. Tú qué sabes...

NATALIA. Hermanita...

NARCISA. En mí, es distinto.
Yo tengo mas experiencia.

NATALIA. Ay! lo creo.

NARCISA. Qué suspiro!

NATALIA. Hace calor, no es verdad?

NARCISA. Sí, hija, un calor excesivo.

NATALIA. En Málaga no es extraño.

NARCISA. Y en Julio!

NATALIA. Yo sudo el quilo. (Pausa.)

NARCISA. Hoy no ha venido el cartero?

NATALIA. Yo por mí no lo he sentido.
Esperas carta?

NARCISA. De Cuba.

No sabemos el buen tio
si habrá ya muerto.

NATALIA. De Cádiz

don Antonio nada ha escrito.

La herencia, no será cosa?

NARCISA. Un millon en efectivo.

NATALIA. Siquiera es un aliciente.

NARCISA. Pobre viejo! No codicio
su muerte.

NATALIA. Ni yo tampoco; (Dejando el libro.)

pero como ya ha vivido
tantos años, casi es justo
que deje para otro el sitio.

Los duelos con pan son ménos,
dice el adagio; y opino
que el que inventó el tal refran
era un sujeto entendido.

NARCISA. Hermanita, bien te explicas!

NATALIA. Ya lo creo que me explico. (Pausa.)

NARCISA. Por qué estudias el inglés?

NATALIA. Por aficion.

NARCISA. Por instinto.

NATALIA. Qué dices?

NARCISA. Pues está claro.

NATALIA. No te entiendo.

NARCISA. Es muy sencillo.

Natalia, tú vas á caza
de pescar un buen marido,
un escudo, un defensor;
pero, hija mia, te aviso
que hay muchos que son de pega.
Son muy buenos al principio;
pero despues... ten cuidado
no te suceda lo mismo
que á mí.

NATALIA. Qué te sucedió?

NARCISA. Óyelo pues. Nos unimos...
recuerdo que fué en un jueves:
pues cuando llegó el domingo,
me vestí para ir á misa,
y él, muy galante, me dijo:
á dónde vas?—Á la iglesia,
respondí.—Yo iré contigo:
no quiero que vayas sola.
Tomé su brazo y nos fuimos.
Á la segunda semana,
vamos á misa,—le digo:
y él contestó:—que tu madre
te lleve.—Y así lo hicimos.
Pasan otros siete dias,
y tercera vez le invito.
Mas ya respondió con tono
algo adusto...—qué fastidio!...
Tu madre puede llevarte.
Si mi madre no ha venido...
—Pues que te lleve la chica.
Pero hombre...—Lo dicho, dicho:
no puedo llevarte yo;
hoy estoy ocupadisimo.
Y me marché con la chica.
Mas llega el cuarto domingo,
y vuelta yo á preguntar.
No puedo!—Pues es preciso
que me lleves hoy: mi madre
no viene: la chica ha ido

á recibir á su tia:
ya ves, estamos solitos;
quién me lleva?—Quién te lleva?—
Sí, sí; quién me lleva, dílo?—
Anda y que te lleve el diablo!
me contestó enfurecido.
Conque calcula tú, luego,
si esto fué al cuarto domingo.

NATALIA. Eso será una excepcion.

NARCISA. No, que todos son lo mismo.

NATALIA. Y el andaluz?

NARCISA. Por ahora
satisface mis caprichos
en todo. Carácter duro;
buen corazon; genio vivo...
Un hombre que en un arranque
se desbarate el bautismo;
pero que á los dos minutos
quede todo concluido.
Un hombre amable me apesta.
Qué quieres; yo no concibo
á un esposo almibarado,
muy complaciente y sumiso
que á todo responda amen,
ni que me diga: «bien mio,
tu voluntad es mi ley,
tu mandato mi capricho;
yo siempre estoy á tus piés
amante, tierno y rendido.»
Y que al sacar el pañuelo
ó al sacudirse el bolsillo,
me trastorne la cabeza
con perfumes exquisitos.
Quita allá! yo quiero un hombre
de nervio: que tenga brío.
Que beba rom y aguardiente
en lugar de marrasquino:
que se fume cada breva
capaz de tumbar á un risco.
Un hombre... que huela á hombre;
que es lo que yo necesito.

NATALIA. Yo no; yo pienso al contrario.

Á mí me gustan...

NARCISA. Los micos.

Los pollos, que se les cae
la baba al hacer un mimo.

NATALIA. Un pollo, precisamente...

NARCISA. (Aquí está el inglés.)

NATALIA. Al libro. (Tomándolo.)

NARCISA. (Á ella.) Me parece que el milord...

NATALIA. Pues eso es lo que yo digo.

ESCENA V.

LAS MISMAS y THOMPSON, con un libro de memorias.

THOM. Bonos dias, señorita.

NATALIA. Felices, Thompson. (Tomando el libro.)

NARCISA. (Indicándole que se siente.) Suplico...

THOM. Zeinkiu. Á ustedes dedico
hoy may primera visita.

NATALIA. Gracias.

THOM. Y para que ábra
libre il labio á lo callado,
todavía no he gastado
ni siquiera una palabra.
Para que osté se desida,
y que disculpa no quepa,
bono será que osté sepa
il sistema de may vida.

Las dose acaban de dar. (Saca el reloj.)

NATALIA. Y bien?

THOM. Sigun may reparto,
siñora, á las dose y cuarto
me corresponde fumar.

NARCISA. Já! já! Á risa me provoca!

NATALIA. Conque á la hora en que cita...

THOM. La dejo á osté, siñorita,
con la palabra en la boca.

NARCISA. Se comprende. Usted es?...

THOM. Inglés.

NARCISA. Entónces ya considero...

THOM. Para mí, il tiempo es primero.
Todo lo demas, despues.

NARCISA. Puro Albion.}

THOM.

Siñoras mias,
un poquito di atension;
aquí está la ocupasion
de todos, todos los dias.
Levantarme necesito
á las ocho, y almorzar.
Media hora dispoes, fumar
muy despasio un sigarrito.
Obligasion es forzosa
andar y hablar. Á las onse,
porque el cuerpo no es di bronse,
me tomo el *lanch*. Cualquier cosa,
queso, jamon y serbesa
con un poquito di pan.
Dispoes, las piernas se van
á sacudir la pereza,
Qui osté comprenda presumo
qui media hora dispoes
del lanch, por segunda vez
otro sigarro me fumo.
Vuelvo á calle, pues tengo
que haserlo sigun riparto;
y á las tres menos un cuarto,
á casa á comer mi vengo.
Y dispoes de un paseito
que durará... media hora...
me siento á fumar, siñora,
el tersero sigarrito.
Hablo y ando si hay por qué
sin que el tiempo me acobarde,
y á las sinco de la tarde
me siento á tomar el té.
Si hay en qué pensar medito
sobre ello, otra media hora,
y dispoes... dispoes, siñora,
sigue el cuarto sigarrito.
Salgo luego á pasear
yo mismo andando, ó en coche,
y á las onse de la noche,
me vengo á casa á senar.
Dispoes, la cama me llama.

Me dan una luz, la agarro,
y con el quinto sigarro,
mi voy, señora, á la cama.
Allí reso: soy cristiano;
á Dios las gracias li doy,
porque yo, señora, soy
apostólica, romano.
Conque para que desida
y porque no ignore nada,
aquí tiene osté explicada
il sistema di may vida.

NARCISA. Pero en alguna ocasion
no le ocurre un caso extraño?

THOM. Oh, sí; por esto dil año
hago una separacion.

NATALIA. Y de esa monotonía
no sale de vez en cuando?

THOM. No, señora, yo hablo y ando
lo presiso para el dia.
Hoy mi tengo que casar,
porque hoy cumpla los cuarenta.

NATALIA. Pues eso, segun mi cuenta,
es un caso...

THOM. Moy vulgar.
Dies mil pasos ando al dia:
Jablo palabras dies mil,
lo mismo en mayo qui abril,
y por si algo me ocurría,
ó viene algun caso extraño,
aunque no di buena gana,
dejo la última semana
del último mes del año.

NARCISA. Y estamos en julio.

NATALIA. Pero
si hoy tuviera que arreglarse
algo extraño...

THOM. Hay que esperarse
al diciembre venidero.

NATALIA. Está muy bien.

THOM. Yo al fijar
mi sistema, hise la coenta
y me dije, á los cuarenta,

- Tompson, te debes casar.
- NARCISA. Y espera salir del paso hoy mismo?
- THOM. ; Y en ello estoy:
los coarenta cumplo hoy;
y hoy los cumplo, y hoy me caso.
- NATALIA. Que usted quiera, no es bastante; es preciso que ella quiera.
- THOM. Si osté no, con la primera qui se me ponga delante.
- NARCISA. Já... já! qué extraordinario! Perdone si me permito...
- THOM. No hay de qué. Yo nesesito una mujer dixonario.
- NARCISA. Conque usted quiere, milord, una mujer que sirviera de maestra?
- THOM. Es la manera como se aprende mejor.
- NARCISA. Y si luego sale?...
- THOM. Bah!
Yo no rechazo á ninguna, es un juego de fortuna; lo qui haya de ser, será. Espero que osté desida. Yo la quiero; si osté á mí me quiere, diga que sí, y está la cosa concluida. Mi pretension no es extraña.
- NATALIA. Cómo?
- THOM. Me voy á explicar. Yo he venido á practicar su lengua de osté, de España; y tengo una idea sola, pero fija como el sol. Para aprender español, nada como una española. Dispoes, por innecesario el libro suprimiria.
- NATALIA. Por qué?
- THOM. Porque dormiria siempre con el dixonario.

NATALIA. ¡Já! já!

THOM. Por lo que demuestra
su cara, y por lo que leo
yo en sus ojos, osté creo
será una esposa maestra.

NARCISA. Já! já!...

NATALIA. Tengo novio.

THOM. Y bien?

Eso no importa.

NATALIA. No!

THOM. No.

NATALIA. Perdone usted; pero yo
debo pensarlo tambien.

THOM. Eso es peor.

NATALIA. Necesito...

THOM. (Mirando el reloj.)
No puedo esperar.

NATALIA. Siquiera...

THOM. Oh! Perdone osté, me espera
(Con el reloj en la mano.)
il segundo sigarrito. (vase.)

ESCENA VI.

NARCISA y NATALIA.

Pausa, se miran las dos y por último prorumpen en una carcajada.

LAS DOS. Já! já! já! já!

NATALIA. Y es bizarro!

NARCISA. Sí, mas no esperes que insista,
cuando deja su conquista
por el humo de un cigarro.

NATALIA. Á pesar de su sistema,
de lo cual yo no me asusto,
no le miro con disgusto.

NARCISA. Pues lo que es á mí, me queima.

Tan fijo! Tan sistemático!
qué mujer le ha de sufrir?
yo no podria vivir
con un hombre tan flemático.

NATALIA. Á mí me gusta.

NARCISA. Á mí no.

Quiero un hombre ilimitado.
No quiero tener al lado,
la péndola de un reló.

NATALIA. Pues por mí, el hombre que elija
ha de ser de calma y pecho.

NARCISA. Yo no: yo le quiero hecho
de rabos de lagartija.
Que á mis caprichos sujeto,
en pelillos no se pare...
un hombre que no repare,
y que nunca se esté quieto.
Pues tendria un paraiso
la que llegara á casarse
con uno que al acercarse
le pidiera ántes permiso!
Que no se acerque en su vida,
ó que á mi génio se dome:
permiso... que se lo tome,
pero que no me lo pida.

NARCISA. Han llamado! si serán...

NATALIA. Quién?

NARCISA. Serafin y Leon.

NATALIA. Si tosen fuerte, ellos son.

LEON. (Dentro.) Voto al demonio!

NATALIA. Aquí están.

(Natalia deja el libro al oír la voz.)

ESCENA VII.

LAS MISMAS, LEON y SERAFIN.

SERAF. Mal tiburón! (Acercándose á Natalia.)

NATALIA. Bien!

LEON. (Acercándose á Narcisa.) Salero!

NARCISA. Viene usted?...

LEON. Yo? De bolina.

SERAF. Comprará usted una bocina
para llamar al chufero.

NARCISA. Siento haberle ocasionado
tanta molestia á sus piés.

LEON. No lo sienta usted: al revés.

NAACISA. Cómo?

LEON. Con ello me ha honrado.

Subiera por mis anhelos
aun más allá de las nubes;
pues para ver los querubes,
hay que subir á los cielos.

NARCISA. Muy bien.

NATALIA. Y usted?

SERAF. Yo consigo
constante con mi opinion.
Detesto la adulacion.

NATALIA. Pues eso es lo que yo digo.

SERAF. Y qué más la he de decir?
La quiero: qué duda cabe?

NATALIA. Claro.

SERAF. Pues si ya lo sabe,
á qué lo he de repetir?

LEON. No seas erizo.

SERAF. Á mi ver,
no he dicho nada que asombre.
El hombre... debe ser hombre.

NATALIA. Justo; y la mujer... mujer.

SERAF. El que en la mar se crió
y vive entre la rudeza,
dice una vez con franqueza
lo que siente, y se acabó.
En mis palabras no hay arte:
digo... esto. Sirve? Andando;
si no, ya me estoy largando
con viento fresco á otra parte.

NARCISA. Y usted?

LEON. En eso no peca.

NARCISA. Claro está; la simpatía...

LEON. Pero yo tengo, alma mia,
el corazon de manteca.
Genio vivo, alegre, franco.
Corro más... que el pensamiento:
y tocante al sentimiento,
en seguida me abarranco.
En la vida me incomodo
porque me pongan la cruz;

- soy marino y andaluz,
con eso está dicho todo.
- NARCISA. Andaluz? Lo voy notando.
De Cádiz ó Puerto-Real?
- LEON. De la tierra de la sal:
de la isla de San Fernando.
Usted sabe la intencion
que abrigo al venir aquí;
conque diga usted que sí
y se acabó la cuestion.
No haga usted la niña boba;
mi pasion está bien clara;
pues desde que ví esa cara
he enflaquecido una arroba.
- NARCISA. Pobrecito!
- LEON. No hay engaño.
No me gustan los belenes.
Si viene usted con desdenes,
me entierran ántes del año.
Zagala tan remonona
como usted, yo no la he visto.
Conque diga usted, por Cristo!
le gusta á usted mi persona?
- NARCISA. No me disgusta.
- LEON. Á vivir.
- NARCISA. Su genio...
- LEON. Es un vendabal;
pero no le irá á usted mal
conmigo.
- NARCISA. Qué he decir?
- LEON. Que sí.
- NARCISA. Pues bien; lo diré
si á tanto usted me provoca.
- LEON. Ay! bendita sea su boca...
y hasta su madre de usted.
(Besándole la mano.)
- NARCISA. Quietito.
- LEON. Quién se sujeta,
viento en popa navegando?
En cuanto yo tome el mando
de esa preciosa goleta,
y me encuentre en alta mar

los chubascos resistiendo,
va usted á saber si yo entiendo
la aguja de marear.

NARCISA. Luego soy en su opinion
un buque?

LEON. Sí.

NARCISA. La merced
le aprecio.

LEON. Pues verá usted
si es buena comparacion.
Es el garbo en la zagala
lo que el trapío en la mar.
Yo, en viendo á un buque marchar
ya sé los puntos que cala.
Y alimento el parecer,
sin que sea disonante,
que hay semejanza bastante
entre el buque y la mujer,
Desde el tope hasta la quilla
la imitacion se tropieza:
ustedes en la cabeza
se ponen una escotilla.

NARCISA. Cómo!

LEON. Que á fe de español,
nombre busco, y bien lo prueban
esos platos que hoy se llevan
para librarse del sol.
Y colgando con malicia
una cinta del copete,
se parece á un gallardete
cuando el viento lo acaricia.
Si por temor á un celaje
amidoramos la lona,
ustedes, cara remona,
le toman rizos al traje.
Cuando un buque va empopado,
con alas y arrastraderas,
es mujer que en las aceras
deja su rumbo marcado.
Si despreciando un desastre
va luciendo el talle airoso,
es un buque receloso

que va navegando en lastre.
Pues digo; y el poderío!
Serán frases indiscretas,
pero yo he visto goletas
que cargan más que un navío.
Y empuje! Las hay de raza
tal, y tan firme plantaje,
que aguantan el abordaje
de un bergantín de coraza.
Son buques que costean
navegan, nunca á la larga;
porque suele ser su carga
la carga del contrabando.
Y luego aquel contoneo
desde babor á estribor!...
No hablemos más, por favor,
señora, que me mareo.

NATALIA. Muy bien, señor don Leon:
al ménos usted se explica:
pero el señor...

SERAF. Eso indica...

NATALIA. Qué?

SERAF. Que soy de su opinion.

NATALIA. Tal parece.

SERAF. Qué consigo
con hablar? nada: tontunas.
Hay muchas... pero hay algunas...

NATALIA. Pues eso es lo que yo digo.

LEON. Hombre, dí algo.

SERAF. Yo creo
que se funda al suponer
que es un barco la mujer;
pero barco de recreo.
Y en vez de la fortaleza
y el poderío... aprension;
arrian el pabellon
con la mayor ligereza.
Yo, al cabo... me embarcaria;
mas con mi poco de asco;
porque al fin... al fin es casco
muy propenso á la avería.
Y en vez de la resistencia,

le considero tan blando,
que hay que estarle carenando
con muchísima frecuencia.

NATALIA. Qué tal, eh?

SERAF. Seré un bolonio;

pero con razon sospecho,
que es un golfo muy estrecho
el golfo del matrimonio.

Y en tales aguas, es llano,
durante la travesía,
hay que estar de noche y dia
con el timon en la mano.

Pues si un ventisco se fragua
y llegases á encallar,
chico, ya puedes gritar
y con razon, hombre al agua.

NARCISA. Señores, está muy bien;
se han explicado á su gusto,
y por mi parte, es muy justo
que yo me explique tambien.

No entiendo de navegar,
pero el desquite me obliga;
por tanto, lo que yo diga,
sólo es... hablar de la mar.

La razon creo que ordena,
que al buque no hay que tratarle
con desprecio; sí cuidarle,
para evitar la carena.

Y en cuanto al golfo, yo encuentro
como medida prudente,
que se huya de la corriente,
navegando por el centro.

De las fuerzas, no hay que hablar.

Y respecto al poderío,
nunca tenemos más brío
que el que nos dejan tomar.

¿Y si al fin tropieza un dia...
mi ignorancia me disculpa;
de quién debe ser la culpa?
del buque, ó del que lo guia?

LEON. Pues claro está; el casco sólo
no podria navegar

- y con certeza cruzar
el mundo de polo á polo.
- NARCISA. Porque á merced de las olas
un dia tras otro dia,
al cabo naufragaria.
¡Y las mujeres, que solas,
sin rumbo, sin direccion,
del peligro en las orillas,
qué son? frágiles barquillas
que navegan sin timon;
que en su abandono profundo
viven sujetas, lo dicho,
al inconstante capricho
del oleaje del mundo:
luego en ese mar innoto,
concedo que pueda ser,
la barquilla la mujer,
pero el hombre es el piloto.
- SERAF. Bien la niña lo dibuja:
no sabe, pero adivina.
- LEON. Usted no será marina,
pero entiende algo la aguja.
- NARCISA. No me doy por ofendida,
porque al cabo las mujeres
entre agujas y alfileres
pasamos toda la vida.
- SERAF. Y usted, no repone nada
en defensa de su gremio?
- NATALIA. No.
- SERAF. Pues merece usted un premio.
- NATALIA. Por qué?
- SERAF. Por estar callada.
- NATALIA. Rechazo la discusion:
á mí no me gusta hablar...
- SERAF. Pues qué le gusta á usted?
- NATALIA. Obrar
cuando llega la ocasion.
- SERAF. Donde las toman las dan.
Tambien yo soy franco, pues.
- NATALIA. Es usted aragonés?
- SERAF. No señora. Catalan.
Si se casa usted conmigo

seremos dos jesuitas.
Las mujeres... calladitas.

NATALIA. Pues eso es lo que yo digo. (Campanilla.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, THOMPSON, con dos rosas.

NARCISA. Me parece que han llamado.

NATALIA. Quién podrá ser?

NARCISA. No sé; el posma
del inglés.

(Viéndole salir. Natalia toma el libro.)

THOM. Muy buenos días;
señorita... (Á Natalia.)

NATALIA. Servidora.

LEON. Quién es este? (Á Narcisa.)

NARCISA. Mister Thompson:
uno que vive en la fonda
de enfrente.

LEON. Ya: y es inglés?
(Narcisa indica que sí.)

THOM. Aquí traigo estas dos rosas:
una para usted.

NATALIA. Mil gracias.
(Alargando el libro para que lo ponga encima.)

SERAF. Ejem... (Con ira.)

THOM. Para usted la otra.

NARCISA. Gracias, mister Thompson.

LEON. Hum!

THOM. No hay por qué darlas, señora.
Y ahora, si ustedes permiten,
hablaremos de otra cosa,
para lo cual, los señores
me parece á mí que estorban.
Pueden ustedes marcharse
cuando gusten.

LEON. Esta es otra!
Nos echa á la calle!

SERAF. Hum!

LEON. Caballero!

NARCISA. Leon! (Deteniéndole.)

- THOM. Qué cosa?
NARCISA. Son dos amigos antiguos
de casa.
- THOM. Esto qui importa?
En la música de amor,
con el duo basta y sobra.
En Inglaterra decimos
cuando no nos acomoda
que oiga alguno lo que hablamos:
señor mio, usted estorba.
- SERAF. Ya; pero en España...
THOM. Yes;
en España es otra moda.
Very gud; yo volveré
dispoes di un cuarto di hora.
(Se dirige al foro.)
- LEON. Diga usted.
THOM. No digo nada.
SERAF. Es que se va á armar la gorda!
THOM. Si osté quiere gorda ó flaca,
número tres, en la fonda. (Váse.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ménos THOMPSON.

- LEON. Qué te parece el inglés?
SERAF. Que mal tiburón me coma
si me gusta esta visita.
- NARCISA. Por muy poco se incomodan
ustedes. Es un sujeto
muy decente; pero todas
esas gentes son así,
flemáticas... empachosas.
Vino por traer las flores
nada más.
- LEON. Pero si á solas
quería hablar con ustedes.
- SERAF. Que mal tiburón me coma...
NARCISA. Hablar... bien, de su sistema...
de si la lengua española
es tan bonita... Si aprende

tanto hablando con nosotras.

SERAF. Hum!... Señora, esa no cuela;
y lo del duo?

NARCISA. Fué broma.

SERAF. Broma? Ya!

NARCISA. Sí, siempre dice
lo que le viene á la boca.

NATALIA. Pues.

LEON. Qué sé yo: el inglis manglis,
creo que pica en historia.

SERAF. Conque bromita? Jé! jé!
Como me pique la mosca!...

NARCISA. En fin, señores, ya basta:
que se ofende mi persona
con tales dudas. Aquí
la razon más poderosa
es la de que yo lo digo,
y con esto basta y sobra.
No acostumbro á vindicarme.

LEON. Narcisa, usted se incomoda.

NARCISA. Y con sobrada razon.

LEON. Ahora sí que está usted hermosa.
Y tiene su geniecito!...
Y usted, niña, no se enoja?

NATALIA. Pues eso es lo que yo digo.

LEON. Nunca dice usted otra cosa.

NARCISA. Llamaron y abren. Loreto?

ESCENA X.

LOS MISMOS y LORETO con una carta.

NARCISA. Muchacha, quién es?

LORETO. Señora,
esta carta, que han dejado
para doña N. Pantoja.

NARCISA. Dame á ver. Quién la ha traido?

LORETO. Un criado de la fonda.

ELLOS. De la fonda?

NARCISA. Dice bien.

Doña N.

LEON. Doña N?

SERAF.

Hola!

NATALIA. Doña N. somos las dos.
Narcisa y Natalia. Cosa
más rara! Dámela á mí.

SERAF. (Que mal tiburón me coma!)

NARCISA. Abrirla me corresponde.

NATALIA. Sí, que es carta sospechosa.

NARCISA. Y para que ustedes vean
que no somos sabedoras
de lo que es, quiero que escuchen
misiva tan estrambótica.

(Abre la carta. Leyendo.)

«Mi querida niña: sabe usted hasta donde
»raya la intensidad de mi cariño; y como no
»puedo dudar del suyo, esto mismo me au-
»toriza á suplicarla que se sirva pasar á la
»fonda, donde acabo de llegar, y donde es-
»pero por fin dejar asegurada para siempre
»su suerte, el cual ha sido hace tiempo mi
»único deseo.»

NATALIA. Y la firma?

NARCISA. No la trae.

SERAF. No trae firma!

NARCISA. No.

LEON. Esa es otra!

SERAF. Está claro! es un amante!
Que mal tiburón me coma!...

LEON. Citas clandestinas!

NARCISA. Cómo!

SERAF. Sin firmar!

LEON. Citas anónimas!
infame!

SERAF. Falsa!

LEON. Perjura!

SERAF. Me engañaba usted!

LEON. Traidora!

NARCISA. Yo no entiendo una palabra.

NATALIA. Pues yo no entiendo ni jota.

LEON. Es el inglés!

NARCISA. Él!

LEON. No hay duda.

La cita es para la fonda...

«donde acabo de llegar.»

NATALIA. Esto es una Babilonia!

Será capaz...

NARCISA. Mas la carta

viene...

SERAF. Para...

LEON La una ó la otra.

NARCISA. Pero...

LEON. Viene para ustedes.

Que ántes embarque una ola
y me barra la cubierta

desde el bauprés á la popa;

que á la primera virada

me enredo con una escota,

que me eche por la obra muerta

y me confunda en las ondas,

y esté nadando tres dias

para coger una sogá;

que en la mitad de la quilla

se me abra una claraboya

que me tenga quince dias

sin parar, dando á la bomba;

que en todas mis travesías

tenga viento por la proa;

que al doblar el primer cabo

me estelle contra una roca,

y que me falte el carbon

y la galleta, y que coma

carne cruda; así... así!...

que se parta por la cofa

el palo mayor, y vea

la rueda del timon rota,

si no va á arder esta casa,

y el inglés, y usted, y la fonda.

SERAF. Digo lo mismo. Y repito!...

Que mal tiburon me coma!...

NARCISA. Jesus!

LEON. No se mofe usted!

NATALIA. Já! já!

SERAF. Ni usted!

NATALIA. Quién se mofa?

LEON. Ustedes.

(Sigue disputando con Narcisa.)

SERAF. Si no mirara
que son dos mujeres solas!
NATALIA. Pues eso es lo que yo digo.
Very uel.

(Leyendo el libro se va.)

SERAF. Ni aun se incomoda!
Si digo que las mujeres...
Que mal tiburón me coma!...

(Se va al foro y se pasea muy agitado.)

LEON. Aquí tiene usted dos hombres
burlados... y por dos monas.

NARCISA. Monas!

LEON. Mas no soy yo el mico
que usted buscaba, señora.

SERAF. Ni yo; que tengo más barbas
que un ballenato!

NARCISA. Se enojan
sin motivo.

LEON. No hay motivo!

NARCISA. Pero usted no reflexiona?

LEON. Sí: que se va á armar un cisco
que ni el incendio de Troya!

NARCISA. Pero...

LEON. No replique usted!

SERAF. Hum!

NARCISA. Me voy, no sea cosa
que me pegue usted...

LEON. Bien hecho.

NARCISA. Hasta la vista.

LEON. Traidora!

NARCISA. Ya hablaremos más despacio,
cuando se pase la mosca.

LEON. Vaya usted con Dios.

NARCISA. Abur.

Un hombre así, me impresiona.
(Vánse.)

ESCENA XI.

LEON y SERAFIN, paseándose con mucha agitacion. Pausa.

LEON. Habrá bicho mas perverso
que la mujer?

SERAF. No se topa
en toda la mar salada
lo que en la tierra! Gazmoñas!

LEON. Calma chicha... yo me quemó!
(Asomado al balcon.)

SERAF. Tú, al ménos, te si sofocas,
dejas salir por los labios
todo lo que se te anioja:
mas yo, cuando me enfurezco,
la misma rabia me ahoga,
y no puede articular
ni una palabra mi boca.

LEON. Conque el inglés!

SERAF. El inglés.

LEON. Que siempre han de ser mi sombra!

SERAF. Gente más entrometida!

LEON. Veremos cuando le rompa
la narices de un trompazo,
ó le parta de una sola
cuchillada, si le gustan
las costumbres españolas.

SERAF. Vamos á buscarle.

LEON. Vamos.

SERAF. Que mal tiburón me coma,
si á la primer embestida
no lo mando á California.

ESCENA XII.

LOS MISMOS y LORETO.

LORETO. Vayan ustedes con Dios.

LEON. Adios.

LORETO. Se arregló la cosa?

LEON. La cosa?... sí, se arregló.

LORETO. Vaya, me alegro.

SERAF. Tumbona!...

LEON. Oye... mas no: eres mujer.
y debes de ser chismosa. (Vánse.)

ESCENA XIII.

LORETO y á poco MISTER THOMPSON.

LORETO. Vaya! pues me gusta el hombre!
Chismes yo, cuando no hay otra
más reservada en el barrio!
No se ocupa ni persona
en oficios tan vulgares:
que una jóven de mi estofa
mira más por sus principios.
Mas dejemos estas cosas,
y pensemos seriamente
en lo que más nos importa.
El inglés es un partido...
que me conviene. Si logra
mi... aquel, echarle el anzuelo,
que vengan luego y me tosan.
Ay! no quiero ni aún pensarlo!
Yo milady! yo milora!
con mi pamela y mi chal
y mi vestido de cola!
Yo le diré: Very uel.
Guel bay. May diar... y todas
la palabras que yo sé.
Yo intérpréta! Yo la esposa
de un milord! Tendré lacayos
rubitos, y una carroza
para salir á paseo...
Doncellas y peinadoras.
Yo he de ser muy diplomática...
mucho. En fin, una milora.

ESCENA XIV.

LORETO, MISTER THOMPSON.

THOM. Bonas tardes, señorita!

- LORETO. A los piés de usted. (Importa que conozca mi instruccion.)
- THOM. Y está osté solita?
- LORETO. Sola.
(Muy redicha en toda la escena.)
- THOM. Diga osté: los otros niñas dónde están?
- LORETO. En sus alcobas.
Las paso recado?
- THOM. No.
- LORETO. Como usted guste.
- THOM. (Es graciosa.)
Shi is very pruti.
- LORETO. May lov.
(Como recordando el libro.)
- THOM. Habla osté inglés?
- LORETO. Poca cosa.
Sólo una docena ó dos de palabras; mas me sobra muchísima la aficion.
- THOM. Si osté un maestro ambisiona bien protamente in London... venga...
- LORETO. Iria muy gustosa.
Pero ya ve que soy pobre.
- THOM. Pobre!
- LORETO. Muy pobre!
- THOM. No importa:
el oro, no es nada.
- LORETO. No?
- THOM. No, para ciertas personas.
Una mujer, siempre es rica, cuando es aceptable; herinosa; y osté es bella como un sol.
- LORETO. Ay! no diga usted esas cosas!
(Tapándose la cara.)
- THOM. Oh! muy bonita.
- LORETO. Jesus!
Calle usted, que me sonroja.
- THOM. Si yo no hubiera ofresido ya mi palabra de esposa, no tendria inconveniente

en que fuéramos in posta,
á haserle la gran visita
al cura di la parroquia.

LORETO. Ya; pero yo... una doncella...

THOM. Doncella!

LORETO. Tengo esa honra.

THOM. Mocho mejor.

LORETO. Ya ve usted.

THOM. Para mí es igual qui otra.
(Ay, laik dis garl very mach.)

LORETO. Despues...

THOM. La cuestion no es floja;
cada mujer es al fin
una caja de Pandora:
lo preciso está evitar
qui el tapadero se rompa;
si osté quisiera casarse...

LORETO. Tenga usted misericordia,
milor... ay! no me lo diga,
que se me hace agua la boca!

THOM. Agua!

LORETO. Sí; de la vergüenza
que su oferta me ocasiona.

THOM. Virgüensa!

LORETO. Sí.

THOM. No hay motivo.

LORETO. Vaya!

THOM. Si á osté le trastorna
la idea...

LORETO. No me lo diga...
hasta que llegue la hora.

THOM. Yo la buscaré un marido
rico, y persona bien gorda;
un paisano mio, inglés,
quí pesa catorse arrobas;
y qui al venir, me encargó
le buscasse aquí una novia.
Es ganga, mas pesa mucho.
Conque osté lo reflexiona,
y si acaso se desida,
arreglaremos la boda.

LORETO. Catorce arrobas! Dios mio!

- THOM. Osté medítelo á solas
y consulte con sí misma;
el negocio es grande cosa!
- LORETO. Casamiento mercantil?
- THOM. Muy yustamente. Es la forma.
En Inglaterra hoy en día,
todo se vende y se compra;
y mucho más la mujer,
que es mercancía dudosa.
- LORETO. Yo le doy á usted las gracias.
- THOM. No hay por qué.
- LORETO. Mas se me antoja
que eso de venderse... vamos,
no me llena.
- THOM. Osté estar tonta.
- LORETO. Á mí me gusta casarme
por amor, á la española;
si usted estuviese vacante...
me entiende usted?
- THOM. Sí señora.
Puede ser, hay que esperar...
Yo no he venido á otra cosa.
Hase un mes que el corason
me dijo con voces sordas:
«Quiero mujer.» Está bien:
yo te buscaré una esposa;
si esa jóven no deside...
veremos si me acomoda.
- LORETO. Muchas gracias... (Picada.)
- THOM. No hay de qué.
- LORETO. Es usted franco.
- THOM. Es mi norma.
- LORETO. (Ay! si llego á echarle el gancho,
me voy á poner las botas.)
- THOM. Di sarvant its ol di seiun
shí is é vuman laik enadær.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, NARCISA.

THOM. La señora.

LORETO. No se engaña.
NARCISA. Hola, Thompson!
THOM. Á sus piés.
LORETO. (Como yo pesque á este inglés,
se va á acordar de la España.)
NARCISA. Milord, usted nos ha escrito?
THOM. No, señora. Y su hermanita?
NARCISA. Si usted verla necesita...
THOM. Sí, señora; necesito.
NARCISA. Llama á mi hermana.
LORETO. Ya voy. (Váse.)
NARCISA. Carta más rara!
THOM. Sí, eh?
NARCISA. Yo que era suya pensé.
THOM. No me toca escribir hoy.

ESCENA XVI.

NARCISA, THOMPSON, NATALIA, que sale con el libro abierto.
LORETO, á una indicacion de Narcisa saluda á Thompson y se va por el foro,

NATALIA. Hola, amigo!
THOM. Servidor... (Saca el reloj.)
Hable osté pronto, señora:
dispongo de media hora.
NATALIA. Quién le espera?
THOM. El comedor.
NATALIA. Vamos!
THOM. Yo sólo he venido,
aprovechando un momento,
para ver si el casamiento
pensó osté, y ha desidido.
NATALIA. Pensé... pero yo quisiera
meditar un poco el paso.
THOM. Ya he dicho á osté: hoy me caso
con osté ó con cualquiera.
NARCISA. Chica, cástate con él.
NATALIA. Pero, y...
THOM. Vamos. (Con el reloj en la mano.)
NATALIA. Si consigo...
THOM. Qué dise osté?

- NATALIA. Pues... yo digo...
THOM. Qué?
NATALIA. Qué... yes y very uel.
THOM. (Oh! gracias.) (Besándole la mano.)
NATALIA. Milord?
(Retirándola.)
NARCISA. Me alegro.
Así me gusta á mí.
NATALIA. Cómo?
THOM. Es un préstamo que tomo
en calidad de reintegro.
(Se retira á escribir en el libro de memorias.)
NARCISA. Ellos! (Campanilla dentro.)
THOM. Qué?
NATALIA. Son ellos?
NARCISA. Sí.
NATALIA. Cuidado.
(Á Thompson y dejando el libro.)
THOM. De qué?

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, LEON y SERAFIN.

- SERAF. Maldito!
(Viendo á Thompson al lado de Natalia. Y colocándose
entre los dos.)
LEON. Compadre, me felicito
de encontrarle á usted aquí.
THOM. Yo soy, servidor de osté.
NARCISA. Como alguno se deslice
LEON. Pistola, ó sable?
THOM. Qué dise?
SERAF. Sable, ó pistola?
THOM. Eh? ¿Qué?
LEON. Ó á trempis: sé manejar
los puños.
THOM. Yo no adivino...
SERAF. Repito. Como marino,
entiendo de boxear,
NARCISA. Señores, basta. En mi casa
tal ultraje no consiento,

y es de poco miramiento
quien á tanto se propasa.
Que ese hombre á mi hermana quiera,
ó á mí, si así le conviene,
el mismo derecho tiene
que pueda tener cualquiera.
¿Por eso, y siendo extranjero
venir dos á provocarle,
los dos á la vez retarle?
Ni es justo, ni lo tolero.
Mañana dirá con dolo,
que nuestras glorias empaña,
que en esta tierra de España
no se bate un hombre solo.
No creais que estas escenas
me puedan amedrentar,
porque siento circular
sangre española en mis venas.
Y si es que juzgan extraña
tal defensa, no me ofendo:
no es al hombre al que defiendo:
defiendo el honor de España.
Tal idea es la que encierra
mi pretension Seré vana;
mas no quiero que mañana
nadie critique mi tierra.
Sí, que lleguen á entender,
aunque mi altivez asombre,
que aquí, donde falta un hombre,
sobra siempre una mujer.

LEON. Tendré como una amapola
la cara; seguro estoy.

THOM. Ahora sí que no me voy
de aquí sin una española.

LEON. Narcisa, tales razones...

NARCISA. Son duras.

LEON. No presumia...

THOM. Si esta mujer fuera mía,
la daba mis pantalones.

LEON. Pues bien; yo de cualquier modo
habré de ser su marido.

NARCISA. Si? Pues tenga usted entendido,

THOM. que aquí hay mujer para todo.
Bien: comprendido y convengo.
Ostede*s* quieren reñir:
mas yo les debo desir,
un obstaculo que tengo.
Para todo caso extraño,
de buena ó de mala gana,
dejo la última semana
del último mes del año.
Excusado es que usted siempre
tal discordia. No, no es miedo:
pero batirme no puedo
hasta el próximo disiembre.
Quiéren tanto que mi vida
pase alegre entre los lasos
y cariñosos abrazos
de mi esposa prometida.

(Señalando á Natalia.)

SERAF. Su esposa ¡Como!...

NARCISA. Que toma
mi consejo.

SERAF. Usted lo hizo?

NARCISA. Hombre, si usted es un erizo.

SERAF. ¡Que mal tiburón me coma!...

(Leon y Narcisa hablan aparte. Serafin va y vuelve del foro y habla alguna que otra palabra con Natalia, la cual le contesta sonriendo y sin dejar de mirar el libro que tiene en la mano. Thompson permanece inmóvil en el centro de la escena, repasando su libro de memorias y haciendo apuntaciones.)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, LORETO, con carta.

LORETO. Señora?

NARCISA. Qué ha sucedido?

Otro anónimo?

LORETO. Tal creo;

pues por el mismo correo
esta esquila le han traído.

(Narcisa abre rápidamente la carta y la repasa con la

- vista.)
- NARCISA. Já! já! lance singular!
Já! já! já! já! pobre tio!
Perdon, señores, me rio
cuando debiera llorar.
(Lee.) «Mi querida señorita: Ruego á ustedes
»disimulen mi torpeza, en no haber firmado
»la anterior misiva, y de nuevo les repito
»que pueden pasar cuando gusten á reco-
»ger la herencia de su tio de ustedes, el cual
»falleció, hace cuarenta dias en la isla de
»Cuba. Suyo afectísimo, Antonio Ramirez.
»Hotel de Lóndres.»
Aquí está nuestra inocencia
con ella á ustedes respondo.
- LEON. Señora... viro en redondo
- NARCISA. Quién juzga por apariencia!
- SERAF. Y nosotros?
- NATALIA. En rigor...
yo lo siento.
- SERAF. Usted decida.
- NATALIA. Estoy ya comprometida.
Me caso con el señor.
- THOM. Perdone osté, señorita:
(Rasgando del libro de memorias la hoja en que ha
estado escribiendo.)
pero al pensar en mujer,
dije: Thompson, lo has de hacer
con una muy pobrecita.
Hora osté riquezas tiene,
lo qui ántes no susedia:
por lo cual, señora mia,
osté á mí no me conviene.
- NATALIA. No siento el menor pesar. (Tira el libro.)
- SERAF. Usted le correspondia.
- NATALIA. Qué tonto! Si eso lo hacia
para verle á usted rabiár.
(Loreto salta en el foro y da muestras de alegría.)
- NARCISA. Pobre tio! qué revés (Mirando la carta.)
ha sufrido tan funesto!
- NATALIA. Hermana, arreglemos esto;
le lloraremos despues.

Su genio. . (A Serafin.)

SERAF. Seré una fiera,
pero nos arreglaremos.

NATALIA. (Pues señor, apechuguemos;
si no me quedo soltera.)

THOM. Señorita... Yo... (Como disculpándose.)

SERAF. Qué escucho!

NARCISA. Y usted?

THOM. Yo sigo adelante.

NARCISA. Pero se queda vacante.

THOM. Me caso.

NATALIA. Me alegro mucho.

THOM. Me caso, sí, esta señora... (Bajando á Loreto.)

LORETO. Por mi parte...

NARCISA. Y tú, te avienes?

LORETO. Pues digo! El libro.

NATALIA. Ahí le tienes.

(Señalando al velador donde está.)

LORETO. Very uel; ya soy milora.

NARCISA. Oiga usted.

(Viendo que Thompson mira el reloj y se va precipitadamente.)

THOM. Vuelvo en seguida.

NARCISA. Pero...

THOM. Imposible es que aguarde.

LORETO. Mas?...

THOM. Son las tres de la tarde,
y me espera la comida.

(Sube al foro y vuelve. Despues de llevarse la mano á la frente, y de mirar el reloj, indicando que aún tiene tiempo. Al público.)

Yo he venido aquí á aprender
el idioma de España,
y en busca de... cosa extraña,
un diccionario mujer.

Si esto logra merecer
de ustedes la aprobacion,
y me dais una leccion
de pura galentería,
la llevaré noche y dia
grabada en mi corazon.

FIN.

The first part of the paper is devoted to a general
 description of the country, and to a list of the
 principal towns and villages. The second part
 contains a detailed account of the principal
 rivers and streams, and of the principal
 lakes and ponds. The third part contains a
 description of the principal mountains and hills,
 and of the principal valleys and plains. The
 fourth part contains a description of the
 principal forests and woods, and of the
 principal fisheries and mines. The fifth part
 contains a description of the principal
 manufactures and trades, and of the
 principal public buildings and works. The
 sixth part contains a description of the
 principal public institutions, and of the
 principal public works. The seventh part
 contains a description of the principal
 public works, and of the principal
 public buildings and works. The eighth part
 contains a description of the principal
 public buildings and works, and of the
 principal public works. The ninth part
 contains a description of the principal
 public works, and of the principal
 public buildings and works. The tenth part
 contains a description of the principal
 public buildings and works, and of the
 principal public works.

